

## Una cifra de presos menguante concentrada en cuatro cárceles

El número de presos condenados por pertenecer a ETA y que siguen en las cárceles es de 148, según los datos ofrecidos por Sare esta semana. Esto incluye a todos, también a los que se han salido de la doctrina oficial. Los que siguen fieles al Colectivo de Presos (EPPK) son 130, según los datos de Etxerat. Cuando Euskadi asumió la transferencia de Prisiones en octubre de 2021 la cifra rondaba los 180. Salvo cinco, todos están en Euskadi y Navarra. El propio cumplimiento de las condenas hará que esa cifra vaya reduciéndose más. De hecho, solo en los últimos meses media docena están en libertad condicional

esta polémica desaparecería. «Ya sucedió con los 'ongi etorris'», los homenajes que se tributaban a los presos a la salida de las cárceles y que la propia izquierda abertzale instó a sus seguidores a cortar de raíz ante el desgaste político que le ocasionaba. Urkijo es de los que cree que puede haber mecanismos que favorezcan la concesión de permisos o progresiones de grado, pero también que debe quedar claro el «recorrido autocrítico» de quien lo obtenga.

A esto hay que sumar que detrás de todo este escenario se está dando un batalla soterrada por la memoria, o más bien por el relato. La izquierda abertzale comprendió hace tiempo que debía trabajar para intentar consolidar la idea del «conflicto», de que ETA no fue una banda terrorista, sino el resultado de una especie de guerra con dos bandos. El trabajo que se ha desarrollado en este sentido ha sido intenso y tiene como pilar fundamental Egiari Zor, una fundación creada en 2012 para recordar a las «víctimas del Estado». En el foco han puesto al Centro Memorial de Vitoria, a pesar de que en su espacio se recuerda no solo a las víctimas de ETA, sino a las del GAL o del BVE.



La madre de José María Piris (de azul, con unas flores) con su hijo menor a su derecha, durante el acto de homenaje. IREKIA

# Un monolito en Badajoz recuerda a José María Piris, primer niño asesinado por ETA

**El pequeño de 13 años muerto en Azkoitia en 1980 al explotar una bomba recibe el homenaje pendiente en su pueblo natal**

**A. GONZÁLEZ EGAÑA**

SAN SEBASTIÁN. La conmovedora escena de Carmen Carballo, la madre del primer niño asesinado por ETA, José María Piris, presidiendo el homenaje pendiente en memoria de su hijo, en San Vicente de Alcántara, Badajoz, emocionó a todos los presentes. Desde ayer el monolito inaugurado en el parque de Joaquín Sama, en su pueblo natal, recor-

dará para siempre al pequeño de 13 años muerto en Azkoitia el 29 de marzo de 1980 al explotar un paquete abandonado en la calle que llamó su atención y resultó ser una bomba desprendida de los bajos del coche de una guardia civil al que los terroristas pretendían asesinar.

«Mientras no se entiendan los unos y los otros, no podremos vivir en paz. Fueron cuatro hermanos y regresaron tres. Sin razón, pero obligados por ella, hubo que aprender de nuevo a ser, estar y vivir», se puede leer en la placa del monolito, que lleva además grabada la imagen de cuatro amapolas blancas, símbolo de la paz, tres grandes y una de menor tamaño por el pequeño

José María, al que el horror del terrorismo etarra impidió crecer.

«No hubo tiempo suficiente para el olvido, no lo habrá nunca y a partir de ahora mucho menos», clamó José María Antón, presidente de la Asociación Extremeña de Víctimas del Terrorismo, impulsor del acto de reconocimiento. Antón expresó que José María Piris Carballo será para siempre «el ejemplo para toda la humanidad de que todos aquellos que con su ideología pretendían la liberación de no sé qué, aquellos quienes fabricaron la maldita bomba, quienes la colocaron y la activaron, quienes eligieron el objetivo, todos ellos, todos se equivocaron».

Ninguno de ellos consiguió lo que pretendía. Y por supuesto —añadió— que se equivocaron quienes comunicaron mediante una carta socarrona y amorfa a esta familia que no lo sentían, que eran daños colaterales, que era por el pueblo y por la causa», recordó para añadir que «no hay colateralidad que valga. Lo que hicieron con aquella carta fue acrecentar y duplicar una nueva, tremenda, horrosa y casi vergonzosa victimización. Volvieron a asesinar, pero no solamente al padre o la madre, sino a toda la familia». Antonio Piris y Carmen Carballo llegaron a Euskadi a finales de los 70 para buscar un futuro mejor «y resulta que se tuvieron que volver con un futuro peor, con una mano delante y otra detrás, y un hijo menor, enterrado en un ataúd blanco».

El tributo, al que también asistió Fernando García, el amigo azkoitiarra de José María, que a sus 11 años resultó herido en aquella explosión, contó con la presencia del alcalde de la localidad pacense, el socialista Andrés Hernáiz de Sixte; el presidente de la Fundación de Víctimas del Terrorismo, Juan Francisco Benito; el director del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, Florencio Domínguez; o el nuevo director de Derechos Humanos, Víctimas y Diversidad del Gobierno Vasco, Jagoba Álvarez Ereño.

ños. No, no es ilegal, ahora bien, me pregunto ¿Es acaso honorable? ¿Es aceptable desde una perspectiva ética?

El Centro de Ética Aplicada de la Universidad de Deusto puso en marcha en 2019 un interesante proyecto con jóvenes sobre Memoria, Educación Histórica y Construcción de Paz en Euskadi. Durante el mismo constatamos que los jóvenes habían recibido información, en medio de «un silencio heredado o autoimpuesto», a través de las amistades y en gran me-

diada mediatizada por los mitos y las medias verdades escuchadas en manifestaciones, conciertos o verbenas festivas. Sin duda ellos no tienen la culpa. Si les han llegado esos discursos románticos sobre la épica de los luchadores vascos (borrokala-

**Un año más, asistimos a la apropiación del espacio festivo por un sector concreto**

ris), sin mención alguna a su proceder sanguinario, es por décadas de mutismo de nuestra generación, afasia social que parece perpetuarse hoy en día. Se podría hablar de una cierta «rutinización» de estos hechos, cotidianidad con la que convivimos sin mostrar rechazo público.

Como afirman en uno de sus libros Izaskun Sáez de la Fuente Aldama y Ayala Maqueda Aldasoro «...a la persistencia de este silencio ha contribuido la idea de que, para promover la paz y

la convivencia, lo mejor es pasar página, olvidarse del pasado y mirar sólo al futuro... es necesaria la visibilización y exploración crítica de los mitos, los sesgos y las sobresimplificaciones que sirven para justificar la violencia». Sigue siendo necesario mejorar la comprensión que las personas tienen de la complejidad de los fenómenos históricos, encarnar el pasado en la experiencia de las víctimas y activar el potencial de la historia para desnormalizar y deslegitimar la violencia.